

# LA CRISIS DE LOS JESUITAS

E. MIRET MAGDALENA

**L**a compañía de Jesús, fundada por el vasco Íñigo de Loyola, ha sido para muchos un enigma. Y hoy vuelve a serlo a través de la Prensa mundial, y muy especialmente de los periódicos españoles e italianos, que fueron los primeros que recogieron en sus páginas el «escándalo» vaticano de nombrar el Papa por sorpresa, y «manu militari», un sustituto del actual General de los jesuitas, el enfermo e irrecuperable padre Arrupe.

## Nueva cabeza

Un octogenario, ayudado por un jesuita de 53 años, desligados ambos de los problemas más acuciantes que se plantean hoy en Europa y América, son el nuevo delegado papal y su vicario, con plenos poderes para mandar sobre los jesuitas de todo el mundo.

El padre Dezza es un hombre bueno, casi ciego, que intentó convencer al Papa de que no le nombrara jefe supremo de la Compañía de Jesús. Su vicario, el padre Pittau, es un italiano afincado durante veintinueve años en Japón, con una problemática completamente diferente de la planteada por la teología progresista que germina en Europa, o por la teología de la liberación que propagan los propios jesuitas en América latina. Teologías que corresponden a las cuestiones surgidas en estos años en una u otra de esas dos zonas del mundo.

El padre Pittau resulta, sin duda, un contrapeso al anciano y agotado padre Dezza. Es un universitario abierto a los problemas religiosos y culturales del Japón que, a miles de kilómetros de esas otras partes del globo, intenta comprender intelectualmente su problemática específica.

En Japón la medida insospechada de Juan Pablo II no ha producido reacciones negativas. Sin duda el hecho de sentirse los jesuitas aquellos dirigidos prácticamente —a nivel internacional— por el mismo superior

que tenían en el Imperio del Sol naciente, les ha tranquilizado. En otros países la Prensa a veces ha batido el record de la noticia espectacular; pero los jesuitas siguen teniendo el ignaciano sentido de la discreción, y no han caído en esta atractiva trampa de la espectacularidad, que les hubiera hecho un mal servicio. Ni ha habido desbandada en las filas de la Compañía, como dice algún periódico español, ni nadie se ha desmelenado por algo que, sin embargo, ha sido claramente doloroso para muchos.

Si la decisión es legalmente posible, no cabe duda que se sale de las normas que rigen oficialmente la Orden de los jesuitas. El provincial de Francia, en una medida carta que dirige a todos los miembros de su Orden, lo explica con claridad. Confiesa el padre Madelin, que «estas decisiones nos afectan en lo más in-

timo de nosotros mismos». Y, desde luego, no tiene pelos en la lengua para decir, con toda corrección eso sí, que tal decisión del Papa «se inscribe fuera del desarrollo normal del Derecho que nos rige». ¿Cuál es este canal normal que debía haber empleado el Papa? «Las Congregaciones provinciales y generales, y la aprobación por el padre general del nombramiento de un vicario», para después dimitir. Pero no es esto lo que se ha hecho. El Papa, haciendo uso de las prerrogativas que le da la ley general de la Iglesia —el actual Código de Derecho Canónico—, ha actuado como «Superior general de todos los religiosos», y ha decidido por un camino totalmente autocrático.

## Discretos jesuitas

Ante lo insólito y grave de la situación, el prudente padre Madelin pide a todos sus jesuitas tres cosas: «Discreción, unidad y paciencia en la Esperanza».

El propio nuevo delegado pontificio, padre Paolo Dezza, ha comprendido que esta medida acarreará «renuncias y sacrificios»; y que la Congregación General que vaya a nombrar el sustituto definitivo del enfermo padre Arrupe, «se va a retrasar». Pero intenta animar a sus nuevos súbditos diciéndoles que los Papas no han tenido la intención de frenar el impulso de los jesuitas, ni siquiera «los ministerios avanzados», como es el caso de la labor que están realizando hoy en los conflictivos países de América Latina. Y hasta ve una ventaja en esta espera, para que la legislación interior de la Compañía pueda beneficiarse del nuevo Código de Derecho Canónico, que está a punto de salir en el próximo año.

Estas crisis no son nuevas en la historia. Hasta en los primeros tiempos de los jesuitas, San Ignacio se encontró con el problema de las extrañas innovaciones que quisieron introducir los portugueses en la naciente Compañía. Y tuvo que cortar por lo sano, usando de toda su habilidad y firmeza combinadas. Pero la



Paolo Dezza, enviado especial del Papa a la Compañía de Jesús.



El irrecuperable Pedro Arrupe deja la dirección de la Compañía, por enfermedad.

mayor de todas fue la disolución de la Compañía por el papa Clemente XIV, de la que sólo se salvó Rusia como único refugio de los disgregados.

Del mismo modo se encontraron en su historia deformaciones y detractores en los más diversos campos del pensamiento y de la acción: en la izquierda intelectual Voltaire y D'Alembert defendieron la educación de los jesuitas, y en la derecha en cambio el español Melchor Cano y el francés Pascal los atacaron a fondo. O más tarde, en nuestra España actual, literatos progresistas como Pérez de Ayala los denigró en su *A.M.D.G.*, y Pemán —desde la derecha— los exaltó con su *«Divino impaciente»*.

Su importancia se mide no sólo por la polémica que suscitan constantemente; sino sobre todo por su número, que supone cerca de 30.000 jesuitas en el mundo, muchos de ellos de alto nivel intelectual; por la diversidad de sus obras, que van desde el terreno de la educación al de los medios de comunicación, pasando por su acción misionera; y por sus numerosos y activos Santos, de los que han

sido veintisiete canonizados y 139 beatificados, en sus cuatro siglos de existencia.

## Un golpe mal calculado

Pero muchos se preguntarán, ¿por qué este golpe de timón del Papa, al barco de la Compañía de Jesús?

Creo sinceramente que hay que desglosar el procedimiento usado —que es totalmente inadecuado—, del fondo de la cuestión.

El Papa está preocupado por la desorientación inevitable en que se encuentra la Compañía de Jesús actual. Es natural que exista esta desorientación, en un mundo en crisis que no sabe encontrar el nuevo rumbo que le haría salir de tal crisis; porque una organización mundial tan importante como la de los jesuitas, es natural que esté viviendo algo semejante dentro de ella misma. Una Compañía que era como un ejército en orden de batalla en el siglo XVI, hoy no ha

sabido reunir todavía a sus huestes, para hacer lo mismo que entonces hizo, trasladado a nuestra centuria, con todas las variaciones que el tiempo transcurrido implica. Algunos piensan, con exageración evidente, que está dando palos de ciego sin acertar; otros, en cambio más perspicaces, piden paciencia para comprender y encauzar acertadamente los nuevos y avanzados ensayos que están haciendo en países como los de América latina. Pero sería querer engañarnos pensar que no hay problemas, y que están por resolver dentro de la actividad que hoy despliegan los jesuitas en el mundo: que está por tanto sin encauzar su porvenir, aunque respetada en su actividad colectiva la pluralidad legítima.

Yo creo que, sin embargo, está la Compañía de Jesús en vísperas de encontrar un sentido más claro a su acción, un acierto mayor y una independencia más diáfana respecto a los modas del momento, en sus orientaciones de pensamiento y acción centradas en el futuro más que en el superficial presente, y también una identidad religiosa más acusada y adecuada a nuestro tiempo.

Esa es la clave de la decisión del Papa: esto lo que él ha intuido, pero el mal está en el modo como lo ha hecho. Su desacierto parece claro, y por eso habrá frenado lastimosamente el camino que, poco a poco iban adquiriendo los nuevos jesuitas. Le ha faltado capacidad de diálogo, y sentido más democrático, al pretender ayudar a resolver un problema real que en el mundo de hoy existe y los jesuitas viven porque son hombres de su tiempo.

La característica más definida de la Compañía de Jesús no es la obediencia ciega, ni el férreo militarismo, ni la pobreza desamparada: es su adaptabilidad, su instinto para comprender las épocas e intentar influir positivamente en ellas, su mirada al porvenir más que al pasado, aunque haya habido épocas negras, como lo fue la del pasado siglo, con ese general cerrado y sin perspectivas que resultó el holandés padre Roothaan, que murió en 1853 después de haber esclerotizado las ideas de la Compañía de Jesús.

Están en puertas los jesuitas, si superan esta crisis tan desacertadamente enfocada por Juan Pablo II, de vencer cantando al fin el Requiem por el «jesuitismo» que fue antaño su tentación más fuerte; y quedando en ellos sus esencias mejores, dinamizándolas para bien de la cultura, el humanismo y el porvenir religioso del hombre del siglo próximo. ■